



El Perromin

• 10 • céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Catequístico de Zaragoza.

AÑO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 103



DE LOS APENINOS Á LOS ANDES



CONTINUACIÓN



despertando a cada instante por las sacudidas violentas del carro y por el ruido ensordecedor de las ruedas y de los maderos. Además, habiéndose levantado viento, una tierra fina, rojiza y sucia, que lo envolvía todo, penetraba en el carro, se le introducía por entre la ropa, le quitaba la vista y la respiración, oprimiéndole continuamente de un modo insoportable. Extenuado por la fatiga y el insomnio, roto y sucio, reprendido y maltratado desde la mañana hasta la noche, el pobre muchacho se debilitaba más cada día, y hubiese decaído su ánimo por completo si el *capataz* no le dirigiese de vez en cuando alguna palabra

agradable. A veces, en un rincón del carro, cuando no lo veían, lloraba con la cara apoyada en su baúl, que no contenía ya más que andrajos. Cada mañana se levantaba más débil y más desanimado, y al mirar al campo y ver siempre aquella implacable llanura sin límites, como un océano de tierra, decía entre sí: «¡Oh! ¡A la noche no llego; no llego a la noche! ¡Hoy me muero en el camino!» Y los trabajos crecían; los malos tratamientos se redoblaban. Una mañana, porque había tardado en llevar el agua, uno de los hombres, no estando presente el *capataz*, le pegó. Desde entonces comenzaron a hacerlo por cos-

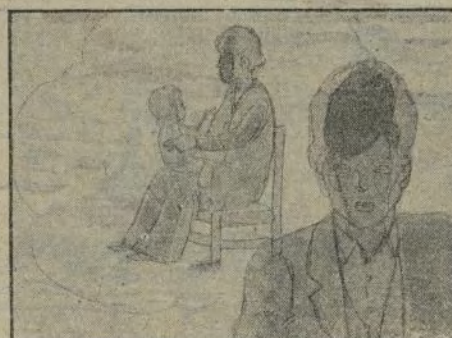
tumbre; cuando le mandaban algo le daban un trastazo, diciéndole: «¡Haz esto, holgazán! ¡Lleva esto a tu madre!» El corazón se le quería salir del pecho; enfermo, estuvo tres días en el carro con una manta encima, con calentura, sin ver a nadie más que al *capataz*, que iba a darle de beber y a tomarle el pulso. Entonces se creía perdido, e invocaba desesperadamente a su madre, llamándola mil veces por su nombre. «¡Oh! ¡Madre mía! ¡Madre mía!... ¡Pobre madre mía, que ya no te veré más! ¡Pobre madre, que me encontrarás muerto en medio del camino!» Junta las manos sobre el pecho y rezaba. Des-



pués se puso mejor, gracias a los cuidados del *capataz*, y se curó por completo; mas con la curación llegó el día más terrible de su viaje, el día en que debía quedarse solo. Hacía más de dos semanas que estaban en marcha. Cuando llegaron al punto en que el camino de Tucumán se aparta del que va a Santiago, el *capataz* le avisó que debían separarse. Le hizo algunas indicaciones respecto al trayecto; le cargó el equipaje sobre las espaldas, de modo que no le incomodase para andar, y abreviando, como si temiera conmoverse, lo despidió. El muchacho apenas tuvo tiempo para besarle en un brazo. También los

demás hombres, que tan duramente le habían maltratado, parece que sintieron un poco de lástima al verle quedarse tan solo, y le decían adiós con la mano al alejarse. El devolvió el saludo con la mano; se quedó mirando el convoy, que se perdió entre el rojizo polvo del campo, y después se puso en camino tristemente. Una cosa, sin embargo, le animó algo desde el principio. Después de tres días de viaje, a través de aquella llanura interminable y siempre igual, veía delante de sí una cadena de altísimas montañas azules, con las cimas blancas, que le recordaban los Alpes y le parecía que iba a acercarse a su país. Eran

los Andes, la espina dorsal del continente americano, la inmensa cadena que se extiende desde la Tierra del Fuego hasta el mar Glacial del polo Artico, por 110 grados de latitud. También le animaba el sentir que el aire se iba haciendo cada vez más caliente; y sucedía esto, porque marchando hacia el Norte, se iba acercando a las regiones tropicales. A grandes distancias encontraba pequeños grupos de casas con una tiendecilla, y compraba algo para comer. Encontraba hombres a caballo; veía de vez en cuando mujeres y niños sentados en el suelo, inmóviles y serios, con caras nuevas completamente para él, color de



tierra, con los ojos oblicuos, los huesos de las mejillas prominentes, los cuales lo miraban fijos y lo seguían con la mirada, volviendo la cabeza lentamente, como autómatas. Eran indios. El primer día anduvo hasta que le faltaron las fuerzas, y durmió debajo de un árbol. El segundo anduvo bastante menos y con menos ánimos. Tenía las botas rotas, los pies desollados y el estómago débil por la mala alimentación. A la noche empezaba a tener miedo. Había oído decir en Italia que en aquel país había serpientes; creía oír las arrastrar;

se detenía, tomaba luego carrera y sentía frío en los huesos. A veces le daba gran lástima de sí mismo, y lloraba en silencio conforme iba andando. Después pensaba: «¡Oh, cuánto sufriría mi madre si supiese que tengo tanto miedo!» Y este pensamiento le daba ánimos. Luego, para distraerse del terror, pensaba en tantas cosas de ella, traía a su mente sus palabras cuando salió de Génova, y el modo cómo le solía arreglar las mantas, bajo la barba, cuando estaba en la cama; y cuando era niño, que a veces lo cogía en sus brazos, di-

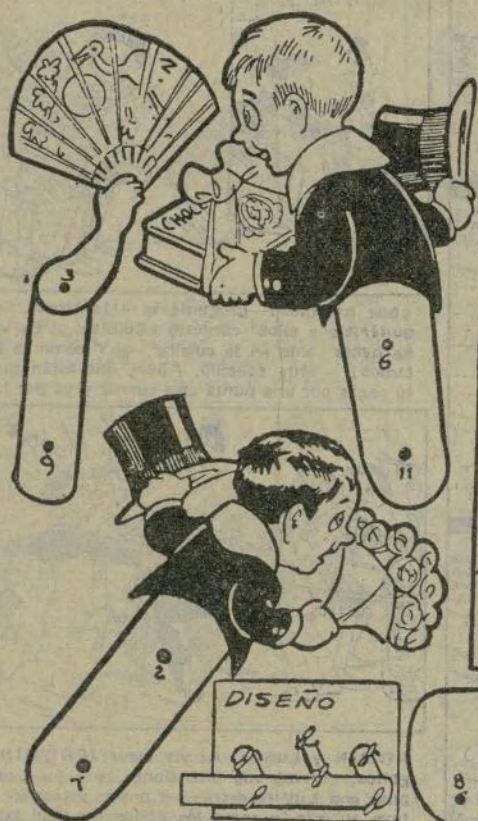
ciéndole: «¡Estate aquí un poco conmigo!» Y estaba así mucho tiempo, con la cabeza apoyada sobre la suya, entregada a sus pensamientos. Y se decía entre sí: «¡Volveré a verte alguna vez, madre querida? ¡Llegaré al fin de mi viaje, madre mía!» Y andaba, andaba, en medio de árboles desconocidos, entre vastas plantaciones de caña de azúcar, por prados sin fin, que cortaban el sereno cielo con sus altísimos conos. Pasaron cuatro días, cinco, una semana. Las fuerzas le iban faltando rápidamente, y los pies le sangraban. Al fin, una tarde, al ponerse el



DIOS PREMIA EN ESTA VIDA EL AMOR FILIAL

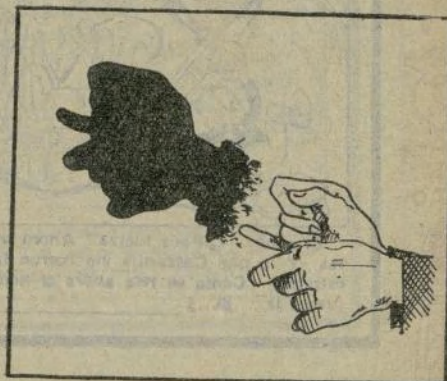
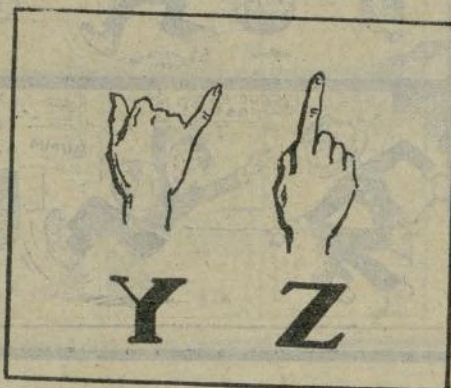
Un pajecito del rey Carlos III era tan bueno, que en vez de gastar en divertirse lo que ganaba, se lo mandaba a su madre, que era muy pobre con muchos hijos. Un día el rey le sorprendió dormido y vió que del bolsillo del chaleco le sobresalía un papel y quiso ver lo que el tal papel decía. Era una carta de la madre del paje en la que le decía que gracias a lo que le mandaba tenían para ella y sus hermanitos, por lo que pedía a Dios premiase su amor filial. Conmovido el rey ante la bondad de su paje le introdujo en el bolsillo algunas monedas de oro y luego le despertó, preguntándole: «¿Qué llevas en el bolsillo?» El paje introdujo en él la mano y, al encontrarse con las monedas, dijo, lleno de temor: «Señor, esto no es mío ni sé cómo estaban ahí; sin duda, alguno que desea perderme ha aprovechado mi sueño para meterlas en el bolsillo. Perdón, señor.» «No, hijo mío, ¿Quién ha de querer perder a un hijo bueno? Tu amor filial es quien ha puesto en tu bolsillo esas monedas. He leído esta carta y puedes contestar a tu madre diciéndola que el rey se encarga de protegerte y de que a ella y a tus hermanos no les falte nada.

FIGURAS DE MOVIMIENTO



Hágase un corte, por la línea de puntos, en el 1, 4 y 5; después, por el corte del 1 se introduce la parte blanca de las figuras 2 y 7, de forma que el punto 2 coincida por detrás con el punto 1, y se sujetan. Luego, por el corte 4, se introduce la parte blanca de las figuras 3 y 9, de forma que el 3 coincida con el 4 por delante, y se sujetan; después, por el corte 5 se introduce la parte blanca de las figuras 6 y 11, de forma que el punto 6 coincida por detrás con el 5; finalmente, el manipulador se sujeta por los puntos 8, 10 y 12 a los puntos 7, 9 y 11 en la forma que indica el diseño, y ya pueden funcionar las figuras.

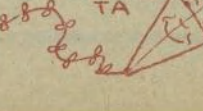
UTIL Y RECREATIVO



1.º La posición de Jeromín con la bandera indica la letra i.

2.º La posición de las manos indican las letras Y y Z.

3.º Sombra chinesca: Un militar.





Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALADINO O LA LÁMPARA MARAVILLOSA

(Continuación.)

«Dadme la mano para ayudarme a subir», dijo Aladino. «Mejor es, hijo mío, que tú me des antes la lámpara, y así te verás libre de ese peso y subirás más fácilmente.» «La lámpara no me incomoda nada, ya os la daré cuando suba.» «Dadme la lámpara.» «Os la daré cuando suba, no quiero que se me caigan estos cristales tan hermosos que aquí traigo», insistió Aladino. El mago se cansó de porfiar con el testarudo muchacho, que siempre estaba acostumbrado a hacer lo que quería, y furioso ante su tenaz resistencia arrojó cierta cantidad de perfume en el fuego, que aun seguía ardiendo, pronunció un conjuro mágico, y la piedra volvió a su primitivo lugar, con lo cual Aladino quedó allí sepultado en vida. El mago resolvió volver al África aquel mismo día sin pasar por la ciudad, temiendo que le achacasen la desaparición de Aladino. Este famoso mago no tenía nada que ver con el sastre Mustafá. Había nacido en África, donde se dedicó a las ciencias ocultas, y después de cuarenta años de ensayos, de estudios y de encantamientos, supo que existía en el mundo una lámpara maravillosa que haría riquísimo a su poseedor; luego, por medio de conjuros, pudo averiguar dónde se en-



contraba y que era necesario el auxilio de una segunda persona para apoderarse de ella. A este fin se fué a la Arabia y eligió a Aladino, con el objeto de apoderarse de la lámpara y hacer desaparecer después al joven para que nadie supiese la maravilla de que era dueño. Volvamos ahora a Aladino, que se hallaba sepultado en aquella cueva dando voces y llamando a su protector y tentando las paredes con objeto de salir de allí; pero ni encontró salida ni vino nadie en su auxilio. Así estuvo el desgraciado dos días, hasta que al tercero se dispuso a morir, para lo cual dirigió antes una plegaria a Dios; mas al frotarse las manos, en su desesperación, rozó el anillo que el mágico le había puesto y de repente se le apareció un Genio colosal, que le dijo: «¿Qué es lo que deseas? Aquí estoy dispuesto a obedecer tus órdenes como el más humilde de tus esclavos.» Aladino, preocupado con el riesgo que corría su vida, contestó sin vacilar que lo que deseaba era salir de tan oscuro y terrible calabozo. Se abrió la tierra al instante, y el joven se vió al aire libre. Dió gracias al cielo y emprendió el camino de su casa, adonde apenas pudo llegar porque se hallaba muy debilitado. La madre, que ya le creía muerto, se llenó de alegría al recobrarlo, y viéndole tan débil le fué alimentando poco a poco para que no le hiciese daño la comida; después le acostó para que descansase de las penalidades que había sufrido y para que repusiese sus fuerzas. Entre tanto Aladino le contó todo

lo que con el mágico le había pasado y se quejó a su madre de que le hubiese encomendado a un hombre a quien no conocía. La viuda colocó en un sofá las piedras preciosas que había traído su hijo, cuyo valor desconocía, creyendo también que eran cristales de colores. Aladino durmió hasta muy entrado el día siguiente, y cuando se levantó pidió de almorzar; pero su madre le dijo que no tenía provisión alguna y que iba a hilar algo para ganar con qué comer. Aladino entonces le replicó: «Hoy no quiero que trabajéis; dadme la lámpara que ayer traje, que iré a venderla y con lo que nos valga podremos comer.» «Aquí está la lámpara, contestó su madre; pero es necesario limpiarla un poco porque está muy sucia. Limpia valdrá más.» Apenas la viuda empezó a limpiar la lámpara con agua y arena, se le apareció un Genio repugnante y gigantesco, que le dijo con recia voz: «¿Qué es lo que deseáis? Aquí estoy dispuesto a obedecer como esclavo a todo el que tenga la lámpara en la mano.» La madre de Aladino cayó al suelo desmayada de terror; mas el joven, que ya sabía lo que era esta clase de espectáculos, se apoderó de la lámpara y dijo con tono resuelto: «Tengo hambre, dadme de comer.» Desapareció el Genio, y a los pocos minutos volvió cargado con ricos manjares y con platos y vasos de oro y plata. Depositó sobre la mesa lo que traía y desapareció repentinamente. Aladino acudió a socorrer a su madre, rociándole el rostro con agua fresca y después la invitó a comer de las ricas viandas que sobre la mesa había. Mientras comían con grande apetito, refirió el joven a su madre todo lo que con el Genio le había pasado mientras ella estaba desmayada; pero la buena mujer se llenó de terror y suplicó a su hijo que vendiese la lámpara para no te-

(Continuará.)



Alegres y tranquilas hallábanse las aves al pie de un árbol, saltando sobre el suelo en un hermoso día de verano, mientras que un pajarero preparaba las redes y reclamaba para cazarlas. Sencillas e ignorantes, creían las aves que aquel hombre les arreglaba nidos; pero una de ellas, más experimentada, dijo a sus compañeras:

— ¡Cuán tontas sois, aves sencillas, que no conocéis que este hombre os prepara asechanzas! Huid de él y observadlo, y veréis que si llega a coger alguna de vosotras será para matarla.

Nunca deben despreciarse los buenos consejos, porque, siguiéndolos, podemos, a veces, evitar grandes peligros.

Esopo.



¿Sabéis O es el MAYO? D
Acto en LO? La soberbia. 1-º soberbio
NOTA anticipa D to NOTA el
LO A los huyen D el y
EE S que lleg a
1-º DO gracia X que a
NOTA soberbia sigu N-º to 2 LO
vicios y PK 2.

SOLUCION DE LA CARTA ANTERIOR

La verdadera virtud y la devoción sincera son alegres y placenteras. Dudad de los que ponen cara triste y se muestran ariscos y retraídos para hacer creer que son virtuosos. Una conciencia limpia y pura, ¿por qué ha de estar triste? La tristeza, en este terreno, es hija del remordimiento.

CONSEJOS DE «JEROMIN»

En el afán de que mis queridos jeroministas sean unos chicos que llamen la atención por su educación esmerada, conquistándose así las simpatías y respeto de todo el mundo, voy a permitirle el darles una serie de consejos encaminados a tal fin. Hoy quiero hablaros de los pájaros; va a comenzar el tiempo de los nidos, y yo sé que, por ignorancia, hay muchos niños destructores de nidos. Y esto, amiguitos míos, está muy mal y revela en quién tal hace, además de ignorancia, sentimientos poco delicados, instintos de crueldad. ¿Credéis vosotros que los pájaros no sienten? Pues sí sienten. Cuando se roba un nido con pajarillos, los padres de éstos revuelan alrededor del ladronzuelo, piando lastimosamente; ese triste pío es, ni más ni menos que el llanto, los gemidos de unos padres que se ven despojados de sus hijitos, lo mismo que llorarían y gemirían vuestros padres si a vosotros os robaran para martirizaros y mataros unos malhechores. ¿Qué pena tan grande sentirán los pájaros al ver a sus hijitos, nacidos para volar libremente por los aires y para alegrar el campo con sus armoniosos cánticos, en manos de un muchacho ladronzuelo y de mal corazón.

Esta consideración debe ser suficiente para que ningún jerominista, que deben distinguirse por sus sentimientos nobles y compasivos, no respete toda clase de nidos; es más, para que se convierta en protector y defensor de los nidos, persuadiendo a los niños mal educados, que tienen la cruel costumbre de coger nidos, para que no hagan tal cosa. Pero, además, hay otras razones que nos aconsejan a respetar los nidos, razones que os expondré otro día.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Encarcelada y amarrada
con verdes lazos,
y aquel que tanto llora
te está partiendo a pedazos.

(Remitida por Francisco Galán, de Huelva.)

(La solución en el próximo número.)

SOLUCION DEL ANTERIOR

Pues que «frac-asón»:

La España Gloriosa



(Continuación.)

distrayendo su pensamiento, con la embriaguez de los combates, de la idea fija que le atormentaba.

Felipe II, siguiendo los consejos de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, disponíase a enviar contra Inglaterra la Armada llamada *Invencible*, como medio de dominar la rebelión de los Países Bajos, y de poner coto a las piraterías de los corsarios ingleses.

Alistóse Lope de Vega en aquella escuadra, la más imponente que surcara hasta entonces el Océano, que se componía de 130 naves con 2.431 piezas de artillería y más de 30.000 hombres, y embarcó en Lisboa con un hermano suyo, alférez, a quien no había visto desde la niñez.

El desastre de la Armada *Invencible*, que, debido a la mala dirección, a los vientos y a los combates, fué dispersada y deshecha, perdiendo 63 naves y 8.000 hombres, obligó a Lope de Vega a renunciar a la gloria militar, después de haber visto morir en sus brazos a su hermano, que fué herido de bala en un encuentro contra la escuadra holandesa.

El gran poeta volvió a Madrid, y al poco tiempo de entrar como secretario al servicio del conde de Malpica, sus enredos amorosos le envolvieron en otro proceso, del que le sacaron con bien los buenos empeños con que contaba.

Admitido después como secretario del joven marqués de Sarriá, después conde de Lemos, concurrió con éste a Valencia, con ocasión de las fiestas de la doble boda de Felipe III con Margarita de Austria y de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto, fiestas cuya relación poética escribió y publicó Lope en 1599.

Sin renunciar a sus amores, hacia 1603 contrajo segundas nupcias con doña Juana de Guardia, hija de un rico tratante en carnes o ganados, que le aportó una buena dote y le dió dos hijos: Carlos, bellísimo niño, que murió a los diez y seis años de edad, y Feliciano Félix, que casó ventajosamente siendo muy joven.

Ni sus viajes, ni sus ocupaciones, ni el disgusto con que vivía, a causa de las continuas dolencias de su esposa, que falleció al cabo de unos ocho años de matrimonio; ni sus amores ilícitos con doña María de Luján, que también le dió dos hijos naturales; ni las ocultas relaciones que sostenía, en vida aún de su esposa y de su amante, con la actriz Jerónima de Burgos, nada, en fin, ni pasiones, ni glorias, ni contrariedades, distrajeran al gran Lope de sus estudios y trabajos, y con pasmosa fecundidad iba produciendo obras admirables, cultivando todos los géneros poéticos, describiendo con mano maestra el sentimiento religioso; el espíritu patriótico, el amor al rey; el sentimiento del honor, sobre todo con relación a la mujer; la ternura de ésta, su constancia y su valor; el respeto a la fe jurada y a la palabra dada y el amor a la amistad; haciendo hablar al viejo como viejo, al joven como joven, al rey como rey y al campesino como campesino, sin exageraciones de ningún género; creando verdaderos caracteres dramáticos y dando, en fin, muestras de una inventiva envidiable.

Porque el mayor timbre de gloria de Lope de Vega y que justifica el título de monstruo de la naturaleza que le dió Cer-

CASTILLA LA NUEVA

Emilio Muñoz Agudá del Rey Mañero



vantes, y que la posteridad le conserva, es lo que hizo en la poesía dramática y su prodigiosa fecundidad.

La mayor parte de sus comedias fueron compuestas y representadas en veinticuatro horas, pues de ordinario sus composiciones, apenas concluidas, pasaban a la escena desde el gabinete de trabajo del poeta.

Su facilidad para escribir era realmente tan pasmosa, que merece citarse el siguiente hecho, contado por Montalbán:

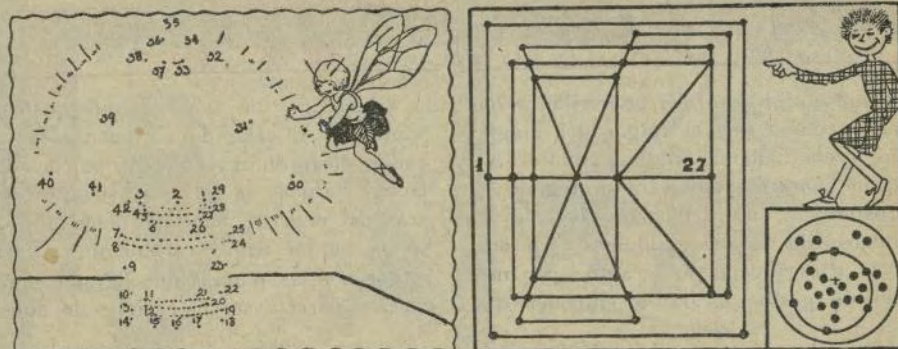
Habían convenido los dos en escribir una comedia titulada *La Orden Tercera de San Francisco*, de la que cada uno de los dos colaboradores debía hacer un acto y el tercero en común. Terminados los actos que a cada cual correspondía, dejaron el tercero para el día siguiente. Montalbán se

levantó a las dos de la madrugada y acabó su trabajo a las diez de la mañana. Satisfecho de su obra, y más aún de haberse anticipado a Lope, según creía, fué a buscarlo y le halló regando las flores de su jardín. Acercóse a él Montalbán restregándose las manos de contento, pensando que había cogido en falta a su amigo y maestro; pero Lope, que habíase levantado a las cinco, había terminado la mitad del acto y escrito, por añadidura, una epístola que tenía, nada menos, que quinientos tercetos.

En ningún género se acreditó tanto como en el dramático la portentosa fecundidad de Lope que, según hemos dicho antes, a los once años tenía compuesta la

(Concluirá.)

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 43 y veréis lo que atrae a esa preciosa mariposita.

(En el cuadrado pequeño la solución del

2.º ¿Seréis capaces de recorrer toda la línea negra sin pasar dos veces por un punto, partiendo del 1 al 27?

anterior.)

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.



Santiago era un joven explorador, que, sin más compañía que su máquina fotográfica, estaba recorriendo la selva africana, a fin de tomar vistas de todo lo que ofreciera interés para mostrarlas en las conferencias que daría una vez terminada su exploración. Estaba un día preparando una foto-



de magnesio, con objeto de tomar una fotografía, en un punto de la selva en que la luz escaseaba, cuando se le acercó un negrito lleno de curiosidad ante los preparativos que estaba haciendo. A Santiago no le extrañó, pues ya se había habituado a la curiosidad que su presencia despertaba entre aquellos sen-



cillos habitantes, por lo cual siguió sus preparativos, pensando aprovechar la presencia del negrito para caracterizar aún más su fotografía. Ya se disponía a encender el magnesio cuando apercibió un tigre, que, cautelosamente, se deslizaba tras unas matas, buscando las vueltas al infeliz negrito. San-



tiago, que inmediatamente se dió cuenta del peligro, empezó a gesticular, a fin de llamar la atención del negrito sobre el peligro que corría, al mismo tiempo que germinaba en su cabeza una idea que tal vez salvara al negrito de una muerte cierta, pues ya el tigre había abandonado su escondrijo y se



dirigía a toda carrera hacia lo que él consideraba presa segura. Sin perder la serenidad, aguardó a que la fiera saltara para apoderarse del negro, y rápidamente prendió el magnesio, que, con su fogonazo deslumbrador, cegó a la fiera, que, asustada ante tanta luz, se dió a correr a campo traviesa, como



alma que lleva el diablo, dejando así el campo libre a Santiago. El momento que acababa de pasar había sido de una emoción intensa, pero había salvado una vida. El negrito, agradecido, cogió el sombrero de Santiago, que se había caído al producirse el fogonazo, y se le entregó, entre zalemas y gestos



de agradecimiento. El pobrecillo, atontado todavía por el fulgor del magnesio, creía hallarse ante algún dios que había aparecido allí para protegerle, y, prosternado, no dejaba de besarle las manos, sin atreverse siquiera a mirarle a la cara; luego se levantó; por medio de gestos le dió a entender que



le siguiera, a lo que accedió gustoso Santiago. Al cabo de un buen rato de andar, llegaron a una tribu enclavada en un claro de la selva, y, siempre detrás del negrito, Santiago llegó a presencia de un negro corpulento, que, a juzgar por las plumas que llevaba en la cabeza, parecía ser el cacique de aque-



lla tribu. El negrito le dirigió la palabra, refiriéndole lo que le había sucedido, por lo que el jefe, que compartía la creencia del negrito sobre la procedencia divina de Santiago, le impuso la «Pluma del Buitre», símbolo de suprema jerarquía. Santiago, aprovechando aquella coincidencia y el efecto que infundía a la tribu, enriqueció su colección con valiosas fotografías.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



De pronto le dió al tigre el olor de la carne—que colgaba de la caña—, y dando un terrible salto se lanzó a cogerla; pero Churrete levantó la caña,

y el tigre se vió chasqueado. Mas como su apetito era grande y la carne de la caña le parecía un bocado exquisito, siguió dando saltos para apoderarse de

lla. Los negritos, al ver aquello, se morían de risa. ¡Qué gracia tenía su rey!

(Continuará.)